



31 de marzo de 2025

'¡Soy invisible!
Eduardo Caccia
Reforma

Como dijo Charles Darwin, "la ignorancia genera confianza con más frecuencia que el conocimiento". La increíble historia de Wheeler llamó la atención a un estudioso de la conducta, David Dunning, quien, junto con su colega en psicología social Justin Kruger, realizó una serie de pruebas para comprobar una verdad incómoda: la incompetencia no solo impide hacer bien las cosas, también impide darse cuenta de que se están haciendo mal. Así nació el efecto Dunning-Kruger, sesgo cognitivo donde las personas con poca habilidad tienden a sobreestimar su competencia.

Partamos de una pregunta complicada: ¿qué tan consciente soy de lo que no sé? El punto es que, en algún campo, todos hemos sido Wheeler. ¿Alguna vez has hablado con seguridad sobre un tema que apenas entendías?, ¿te rodeas de personas que te cuestionan o que te confirman?, ¿qué tanto confundes "tener opinión" con "tener conocimiento"?, ¿cuándo fue la última vez que cambiaste de postura por reconocer que te equivocaste?, ¿tienes más certezas que dudas?, ¿estás dispuesto a aprender incluso si eso implica desmontar tus convicciones?

El estudio realizado por Dunning y Kruger ("Incapacitados e inconscientes de ello", 1999) dejó en claro que las personas con peor desempeño sistemáticamente sobreestimaban sus habilidades. Se creían por arriba del promedio, cuando en realidad estaban por debajo. En cambio, los más competentes tendían a subestimarse, asumían que los demás sabían tanto como ellos. La gran conclusión fue que no solo las personas incompetentes llegan a conclusiones erróneas y toman malas decisiones, sino que su incompetencia les impide reconocerlo.

En estos tiempos todos somos Wheeler. Nos embadurnamos el rostro con jugo de limón y salimos a opinar sobre política, salud, economía, educación o ciencia como si fuéramos expertos, cuando en realidad somos espectadores casuales con exceso de confianza, o nuestra postura ideológica nos impide ver otras posibilidades. La era de la postverdad y la omnipresencia mediática que dan las redes sociales han democratizado la palabra, pero no la reflexión. Un rumor suple un artículo científico, opinamos de vacunas sin leer estudios serios, sobre pedagogía sin haber pisado un aula, sobre política monetaria con base en un TikTok, sobre un aeropuerto, sin haberlo visitado, y por supuesto, los lunes todos somos certeros entrenadores de fútbol.

En lugar de buscar aprendizaje y retornos, buscamos confirmar que tenemos razón. Nos incomodan las cenas donde alguien opina lo contrario, se hace un silencio incómodo y luego increpamos: "Cómo es posible que tú, siendo tan inteligente, creas que...", "ya no te voy a leer...". Es el efecto Dunning-Kruger, la certeza sin sustento, la ignorancia con traje de seguridad y sabiduría.

Lo más peligroso acaso no es tropezar con nuestra ignorancia, sino creer que no hemos tropezado. ¿Cómo combatir el efecto Dunning-Kruger? Con humildad. Con la capacidad de decir "no sé". Con el valor de callar para escuchar, de preguntar antes de afirmar. Con la conciencia de que el conocimiento no es inmediato, ni intuitivo, ni democrático. Sabiendo que hay que leer, estudiar, formarse, dudar. Que no todo cabe en un tuit, en un meme, o que el conductor de noticias que escucho puede que

no diga la verdad. Y, sobre todo, con una revisión personal incómoda: ¿en qué temas me estoy untando jugo de limón en la cara creyendo que me hará invisible?

La ignorancia no es un defecto, es una condición humana. Todos ignoramos algo. Lo grave es creer que no lo hacemos. Lo grave es andar por el mundo, cara al viento, con jugo de limón en la piel, creyendo que nadie nos ve.

'¡Soy invisible!'
Eduardo Caccia
Reforma

El cinismo como manejo de crisis
León Krauze
El Universal

Una de las muchas cosas que distinguen esta época por la que atravesamos de otras etapas de la vida política es la desfachatez. Comienzo con una aclaración obvia pero necesaria: el cinismo siempre ha sido parte de la política y asumir responsabilidades por una equivocación siempre ha sido algo raro. Pero lo de ahora es distinto. Y ejemplos sobran, tanto en México como en Estados Unidos.

El manejo de crisis —que en otras épocas, al menos, daba cabida a la rendición de cuentas— ahora sigue un método recurrente: negar cualquier responsabilidad y evitar asumir costos en absolutamente todos los casos. Es el mantra del gobierno que encabeza Donald Trump. Y lo es porque ha sido el modo de operar del propio Trump desde su época como empresario. Trump nunca pierde, y cuando pierde trabaja para crear la ilusión de lo contrario. Aunque las circunstancias más esenciales de la decencia —e incluso de la evidencia— así lo sugirieran, Trump nunca admite un error.

El ejemplo más reciente es lo sucedido con el tristemente célebre chat de Signal, en el que el secretario de Defensa, Hegseth, compartió detalles confidenciales del ataque contra los hutíes. Tan clara y profunda es la falta que el desenlace correcto —e incluso legalmente congruente— sería la salida de Hegseth y, probablemente, del asesor de Seguridad Nacional, Waltz, quien fue quien sumó al periodista Jeffrey Goldberg a la conversación virtual. Si este escándalo hubiera ocurrido bajo cualquier otra administración, la rendición de cuentas sería inevitable.

Pero no con Trump.

Ante el escándalo, Trump se ha atrincherado, negándose a que los miembros de su gabinete rindan cuentas. Los rumores en Washington sugieren que Trump no está dispuesto a despedir a ninguno de los involucrados porque hacerlo implicaría, en su universo, reconocer debilidad y otorgarle un triunfo a sus adversarios. Por la cabeza no le pasa la rendición de cuentas elemental que debe ejercer un gobierno ético.

El cinismo es el principio rector de su manejo de crisis

Lo mismo pasa en México. Basta ver el caso de Cuauhtémoc Blanco. ¿Por qué el partido oficial se niega a quitarle el fuero a Blanco? Si la evidencia es clara, y la necesidad moral de hacerlo —mucho más para un partido que se dice progresista, que ha prometido renovación moral, que se autodefine como feminista, y bla, bla, bla— es tan evidente, ¿por qué Morena opta por arropar a Blanco?

La respuesta está en el manual de manejo de crisis, uno de los legados esenciales de Andrés Manuel López Obrador. Como Trump, López Obrador asumía cada crisis como una amenaza casi personal a su asidero en el poder. No concebía la rendición de cuentas como un acto de responsabilidad y fortaleza, sino todo lo contrario: quien acepta un error y toma decisiones difíciles para remediarlo, muestra debilidad, pierde puntos políticos y regala una victoria a los adversarios. ¿Cuántas veces escuchó el lector a López Obrador aceptar un error en público? ¿Cuántas veces

reconoció un tropiezo propio o de su equipo y actuó en consecuencia, así fuera en contra de sus propios deseos? Se me ocurren muy, pero muy pocas veces, si acaso.

Todo esto podrá tener sentido como estrategia política populista. Después de todo, proyectar esa aura de invulnerabilidad es esencial para mantener el embrujo sobre la base electoral. Pero no hay que confundirlo con gobierno responsable. Ni mucho menos con gobierno ético.

¿Qué le queda al ciudadano? Recordar frente a las urnas. Los partidos en el poder que le han dado la espalda a la rendición de cuentas y actúan desde el cinismo apuestan por la amnesia colectiva. Trump quiere sacar del ciclo noticioso el chat de Signal y que sus “periodistas” afines desvíen la atención. En México llevamos años en un ciclo similar. Tocaré al electorado demostrar que se puede tener memoria y se puede aspirar a gobiernos que asuman que rendir cuentas es de valientes.

El cinismo como manejo de crisis

León Krauze

El Universal